

LA CAMPAÑA DE SANTIAGO DE CUBA EN 1898

Gustavo Placer Cervera

La llegada a Santiago de Cuba de la Escuadra de Operaciones mandada por el contralmirante Pascual Cervera y Topete, acaecida el 19 de mayo de 1898, hizo que el gobierno de Estados Unidos decidiera, a solicitud de la armada, enviar a las inmediaciones de la capital del Oriente cubano una expedición compuesta principalmente por fuerzas del ejército regular, que estaban concentradas en Tampa, puerto de la costa occidental de la Florida, dejando así de lado la idea original de enviarlas al occidente de Cuba con el objetivo final de tomar La Habana.

El 29 de mayo se cursaron órdenes para que se embarcara a todo el personal y se preparara de inmediato la salida del denominado 5to. Cuerpo Expedicionario cuyo jefe era el mayor general William R. Shafter. Muchos historiadores y analistas militares concuerdan en que la elección no pudo ser peor. En esos momentos el ejército estadounidense contaba con generales bien preparados y capaces. Shafter, de 63 años, no se distinguía precisamente por su talento, era sumamente obeso:

“...como si tres hombres estuvieran enrollados dentro de uno” (pesaba más de 180 kilos) y no gozaba de buena salud (padecía de gota). A su favor tenía que no se le conocían ambiciones políticas.

El 31 de mayo, Shafter recibió instrucciones detalladas. Se le indicaba desembarcar bien al este o al oeste de la boca de la bahía de Santiago de Cuba y una vez en tierra “moverse hacia las alturas y farallones que la circundan y proteger a las embarcaciones de la armada que fueran enviadas a remover las minas allí instaladas por los españoles, o cooperar con ella para capturar o destruir la flota española que se encuentra en la bahía”.

No fue hasta el 8 de junio, debido a numerosas dificultades y tropiezos creados fundamentalmente por la falta de organización y previsión, que el general Shafter pudo informar que sus fuerzas estaban embarcadas y listas para partir. En ese momento, se le dio orden urgente de esperar. Se habían recibido informes de la posible presencia de buques de guerra españoles en el Canal de San Nicolás y no fue hasta el día 14, después de que se demostró que la alarma había sido infundada, que el convoy, compuesto por 36 transportes y barcos de aseguramiento, se puso en marcha llevando a bordo al 5to. Cuerpo Expedicionario, compuesto por 819 oficiales y 16058 alistados, organizados en dos divisiones de infantería, una división de caballería desmontada, dos brigadas independientes y un grupo artillero. Fueron embarcados además 959 caballos, 1336 mulos de tiro y carga, piezas de artillería de diverso tipo y abastecimientos. La escolta estaba formada por un acorazado, un crucero, cuatro cañoneros, tres avisos, tres yates artillados y dos torpederos.

El convoy siguió la ruta del Canal Viejo de Bahamas para llegar a la costa sur del Oriente de Cuba través del Paso de los Vientos. A causa del lento andar de algunos de los barcos y de las frecuentes paradas para esperar o buscar a los rezagados, no fue hasta el 20 de junio que arribó a las aguas frente a Santiago de Cuba. Ese mismo día, el general Shafter y el jefe de la escuadra norteamericana que se encontraba frente a Santiago, contralmirante William T. Sampson, desembarcaron en Aserraderos, al oeste de Santiago de Cuba, para reunirse con el mayor general Calixto García, quien era Lugarteniente General del Ejército Libertador de Cuba y jefe de todas las fuerzas cubanas en Oriente. Acompañaron a García en la entrevista varios generales cubanos y los oficiales de su estado mayor. Como resultado del encuentro se acordó, a proposición de García, que las tropas estadounidenses apoyadas por fuerzas cubanas desembarcaran el día 22 en Daiquirí, pequeña playa situada a unos 25 kilómetros al este de la boca de la bahía de Santiago de Cuba.

Desembarco de tropas norteamericanas

De acuerdo al plan aprobado en Aserraderos, fuerzas cubanas al mando del general José A. Cebreco, comenzaron a ocupar posiciones al oeste y noroeste de Santiago de Cuba, con el propósito de interceptar los refuerzos que pudieran ser enviados a la guarnición de la ciudad y simultáneamente, distraer la atención del mando español. Mientras tanto, unos 500 combatientes cubanos, al mando del coronel González Clavel, son embarcados a bordo de varios transportes norteamericanos para ser conducidos a Playa Sigua, unos 12 kilómetros al este de Daiquirí donde se unirían a tropas del general cubano Demetrio Castillo Duany.

El día 21, las fuerzas cubanas iniciaron en Sigua una marcha de limpieza a lo largo de la costa en dirección a Santiago de Cuba, mientras la escuadra norteamericana bombardeaba diferentes puntos de la costa. Los defensores españoles de Daiquirí, para evitar ser envueltos y copados, abandonan el lugar, no sin antes darle fuego a las construcciones que allí había. Las tropas cubanas que avanzaban a lo largo de la costa ocuparon de inmediato la playa.

El 22 de junio, siendo las 9:40 am. al ver partir los primeros botes de desembarco, los buques de la escuadra norteamericana abrieron fuego contra distintos puntos de la costa, que creían ocupadas por fuerzas españolas, inclusive Daiquirí. El fuego se prolongó por cerca de 30 minutos y causó dos muertos entre las tropas cubanas. Simultáneamente, el general Cebreco al mando de 500 cubanos realizó, en cooperación con buques norteamericanos, acciones diversionistas en distintos puntos del litoral cercano a Cabañas, a unos cuatro kilómetros al oeste de la boca de la bahía santiaguera.

El desembarco en Daiquirí, realizado con la protección de las tropas cubanas, transcurrió con absoluta tranquilidad, como en tiempo de paz, caracterizándose por su desorganización. Las unidades se confundieron totalmente y costó gran esfuerzo a los jefes de compañía, reunir a su personal. Las bestias eran extraídas de las bodegas y lanzadas al agua para que ganaran la costa a nado de manera instintiva. Cerca de 60 de ellas se ahogaron. Los abastecimientos también se desembarcaron desordenadamente. Al anochecer habían logrado desembarcar unos 6 mil hombres y se ordenó a la división mandada por

el general Henry W. Lawton avanzar hacia Playa Siboney, situada a unos 7 kilómetros al oeste de Daiquirí, que fue ocupada sin gran resistencia en la mañana del día siguiente. Ese mismo día 23, se comenzó a desembarcar por Siboney y al anochecer había otros 6 mil hombres en tierra. En la tarde del 24, todo el cuerpo expedicionario había desembarcado. El éxito de la operación, efectuada sin combate y con un mínimo de bajas (dos soldados negros se ahogaron en Daiquirí) condujo a buena parte de los norteamericanos a menospreciar a las tropas españolas, impresión que se desvanecería rudamente poco después.

En el éxito del desembarco un papel de suma importancia fue desempeñado por los combatientes del Ejército Libertador. Los jefes y soldados cubanos, aguerridos y expertos combatientes, conocedores del terreno y de la manera de combatir del ejército hispano, no sólo actuaron como prácticos, sino que realizaron la exploración, ocuparon las posiciones españolas entre Santiago de Cuba y Guantánamo e impidieron al mando español reforzar las unidades que tenía desplegadas en el litoral, contribuyendo así, significativamente, a que las tropas estadounidenses pudieran desembarcar con toda seguridad.

El jefe de las tropas norteamericanas, general Shafter, no tenía intenciones de empeñarse enseguida en combate y dio a esos efectos instrucciones precisas de no avanzar mientras no estuvieran asegurados los aprovisionamientos de las tropas y de establecerse sólidamente donde encontrarán agua y al abrigo de toda sorpresa, debiendo las divisiones de infantería del general Lawton situarse a vanguardia, la del general Kent cerca de Siboney, la división de caballería (desmontada) del general Wheeler en Daiquirí y la brigada del general Bates como reserva de Lawton. No obstante las indicaciones de Shafter, la indisciplina de uno de sus generales, trastornaría por completo los planes de campaña trazados.

El jefe de la división de caballería, general Joseph Wheeler (apodado “El Peleón”), había recibido orden de colocarse sobre el camino de Siboney para servir de enlace con la división de Lawton, pero en vez de hacerlo así, siguió hasta Siboney. Allí tuvo conocimiento de la presencia de tropas españolas que se replegaban por el camino de Sevilla y, puesto de acuerdo con los jefes del 10 regimiento de voluntarios (“rough riders”), coronel Wood y teniente coronel Theodore Roosevelt, decidió asestar, por su cuenta, el primer golpe de la campaña. Para llevar a cabo su aventura, Wheeler solicitó la cooperación de las tropas cubanas que mandaba el coronel González Clavel, pero el oficial cubano, que había recibido instrucciones expresas del general Calixto García de obedecer sólo al general Lawton, se negó a secundar al belicoso general estadounidense.

Wheeler, que logró reunir cerca mil hombres para su empresa, tomó el camino de Sevilla y se enfrascó en un combate, en el lugar conocido por Las Guásimas, con tropas españolas que, bien atrincheradas, protegían el repliegue hacia Santiago de las fuerzas procedentes de Daiquirí y Siboney. El combate se tornó encarnizado. Esta conducta había sido prevista por el general cubano Castillo Duany: “Los españoles retrocederán hacia Santiago de Cuba sin combatir, pero en la medida que estemos en las cercanías de la ciudad, su resistencia será encarnizada”.

Después de sufrir 16 muertos y 44 heridos entre sus hombres, Wheeler se vio obligado a pedir refuerzos de infantería al general Lawton, pero cuando estos llegaron ya los españoles se habían retirado.

La irresponsable acción de Wheeler y sus conmlitones tuvo consecuencias importantes: al abrir el frente adelantó al ejército mucho más allá de lo que deseaba la jefatura y trastornó por completo el plan de campaña de las tropas expedicionarias pues las alejó de la ruta acordada hacia las fortificaciones de la boca de la bahía, dirigiéndolas hacia la propia ciudad con lo que además, las colocó fuera de la protección de la artillería de los buques de guerra y complicó las líneas de abastecimiento. De hecho, casi todo el cuerpo expedicionario se adelantó hasta Sevilla, a nueve kilómetros de Siboney, pero estuvo paralizado durante toda una semana a fin de acondicionar la base de Siboney, acercar al frente las reservas y efectuar el reconocimiento. Simultáneamente, seguían llegando a Siboney y Daiquirí tropas y suministros.

Mientras tanto, en toda la región oriental, las fuerzas cubanas, de acuerdo a lo planificado en Aserraderos, llevaban a cabo una operación estratégica, con el propósito de impedir que desde otras guarniciones españolas importantes - Holguín, Manzanillo, Guantánamo -, pudieran llegar refuerzos a Santiago de Cuba. Esto permitió a las tropas norteamericanas tener, en las inmediaciones de la capital oriental, una correlación de fuerzas muy favorable.

A pesar de que sus deseo era el de esperar unos días más preparando condiciones, Shafter tuvo que decidirse a actuar, pues recibió noticias de que una fuerte columna española mandada por el coronel Federico Escario había salido de Manzanillo rumbo a Santiago. El jefe norteamericano había desatendido las proposiciones del general Calixto García de trasladar dos mil combatientes cubanos, al mando del general Jesús Rabí, a orillas del río Contramaestre para detener cualquier refuerzo español que intentara llegar desde esa dirección. El general estadounidense, por el contrario, prefirió mantener a las fuerzas cubanas inactivas en su reserva.

El Caney y Lomas de San Juan

Ante la situación creada, el mando estadounidense determinó atacar la ciudad por el este. A tales efectos planificó efectuar el golpe principal contra las alturas denominadas Lomas de San Juan desde las que se dominaba la ciudad de Santiago. Con el fin de distraer la atención del jefe español, general Arsenio Linares, impidiéndole concentrar sus fuerzas, se concibió realizar dos ataques secundarios, uno a El Caney y el otro hacia Agudores.

Al amanecer del 1 de julio, la división de infantería del general Lawton (5 379 hombres) apoyada por la brigada del general Bates (1085 hombres) González Clavel, se lanzaron al ataque de la población fortificada de El Caney, defendido por unos 500 infantes españoles al mando del general Joaquín Vara de Rey. Subestimando a los españoles, Lawton había ofrecido tomar El Caney en dos horas, tras lo cual se incorporaría al ataque principal en San Juan, pero pronto tendría que rectificar su programa. La infantería española, bien atrincherada, pese a la desfavorable correlación de fuerzas (12 a 1), opuso una tenaz resistencia y causó a los atacantes numerosas bajas obligándolos a replegarse. El general Shafter ordenó entonces a Lawton retirarse de El Caney y acudir a San Juan pero Lawton se negó a cumplir tales órdenes. En un segundo ataque, realizado en horas de la tarde, y en el que 200 cubanos formaban parte de la vanguardia, fue capturado el fuerte El Viso y posteriormente el resto de las fortificaciones de El Caney.

Las bajas españolas fueron numerosas, 68 muertos (entre ellos el general Vara de Rey y un sobrino suyo) y 121 heridos (entre los que estaba un hermano del general caído) así como 120 prisioneros. Los norteamericanos tuvieron 88 muertos y 356 heridos. Los cubanos sufrieron numerosas bajas entre muertos y heridos.

Las Lomas de San Juan dominaban las vías de acceso a Santiago por el este. Desde su elevada posición, los defensores españoles, bien atrincherados, disponían de una magnífica perspectiva de la zona en que los norteamericanos debían desplegarse para atacar. Sin embargo, el general Arsenio Linares solo destinó a la defensa de tan importante posición poco más de 500 hombres.

Hacia ya buen rato que las tropas de Lawton estaban atacando las posiciones de El Caney, cuando el general Shafter, considerando que dichas fuerzas estaban a punto de lograr su objetivo, dio órdenes para que su artillería, emplazada en las alturas de El Pozo abriera fuego sobre San Juan, pero esto no hizo sino desenmascarar su posición, pues utilizaban pólvora negra que despedía humo. Los artilleros españoles, convenientemente enmascarados, no tardaron en repostar causando estragos en las filas de los atacantes.

Shafter lanzó contra San Juan a las divisiones de los generales Kent y Wheeler. Las fuerzas atacantes sumaban 7.274 hombres mientras los defensores eran alrededor de 500 por lo que la correlación de fuerzas era favorable a los primeros 14 a 1.

En San Juan ocurrió lo mismo que en El Caney. Los estadounidenses se lanzaron al ataque con gran entusiasmo y valor pero en forma desorganizada y sufrieron grandes pérdidas por lo que tuvieron que replegarse. En el 71 Regimiento de Voluntarios de Nueva York, unidad que no tenía preparación combativa, resultó diezmada, cundió el pánico entre sus efectivos y abandonó sus posiciones. Fue necesaria la entrada en combate de los regimientos que habían sido situados en la reserva para lanzar un nuevo ataque que, a un elevado costo, logró tomar las lomas de San Juan. Las bajas estadounidenses fueron 142 muertos y 1.728 heridos, las españolas 56 muertos y 212 heridos.

Pese a la superioridad numérica, los norteamericanos encontraron en los españoles uno oponentes más duros y tenaces que lo que habían esperado. Resulta significativo, e injustificable desde el punto de vista militar, que Shafter mantuviera al general Calixto García, con cerca de 4 mil hombres en las alturas de Marianaje, equidistante de El Caney y San Juan, presenciando los combates pero sin darle participación en los mismos. Tampoco permitió enviar fuerzas cubanas a interceptar la columna del coronel Escario, que logró, con fuertes bajas y en casi el doble del tiempo programado, entrar en Santiago el 3 de julio. Los hechos posteriores evidenciarían que las razones de esa conducta del jefe norteamericano respecto a las tropas cubanas eran de índole política. El propósito era apartar a los cubanos de todo aquello que pudiera ser decisivo en el conflicto. Además Shafter intentó, en informes y telegramas enviados al gobierno de Washington, desacreditar al general Calixto García culpándolo de la entrada de Escario en Santiago.

No es frecuente en la historia militar que el mando de un ejército actúe con tanta ineptitud como lo hizo el norteamericano en El Caney y San Juan y aún así obtenga la victoria. Pudiera decirse que el general Shafter hizo casi todo lo posible por no lograrla. El

ataque a El Caney y la obsesiva lucha de ocho horas de la división de Lawton fueron inútiles teniendo como único resultado un elevado número de bajas. Lo que se había planificado como un ataque de distracción en una dirección secundaria fue convertido en un combate a gran escala que fijó a fuerzas importantes impidiéndoles participar en la acción principal.

Shafter fracasó también en sus intentos de darle cohesión a las fuerzas bajo su mando y la disciplina de sus subalternos inmediatos dejó mucho que desear. Además, sus discrepancias con el mando naval hicieron que la armada no apoyara con su artillería de largo alcance a las fuerzas terrestres en San Juan.

Sin embargo, los errores de Shafter se vieron paliados entre otros factores, por el hecho de que las fuerzas cubanas impidieron que la guarnición de Santiago fuera reforzada con efectivos de otros puntos como Holguín y Guantánamo, permitiendo a los estadounidenses obtener una correlación de fuerzas muy favorable. Además, no fueron pocos los errores cometidos por el mando español, que no luchó contra el desembarco y que destinó a la defensa de una posición tan importante como San Juan un número exiguo de hombres.

La ocupación de las lomas de San Juan situó a los norteamericanos en una posición muy ventajosa respecto a la ciudad de Santiago de Cuba.

Al día siguiente, 2 de julio, las tropas cubanas tomaron posiciones muy cercanas a la ciudad al oeste, norte y noreste de la misma, ocuparon el ferrocarril que la unía a San Luis y el acueducto. El cerco a Santiago se estrechó aún más y la situación de la escuadra que estaba en la bahía se tornó trágica.

La escuadra va al holocausto

La denominada Escuadra de Operaciones en las Antillas, mandada por el contralmirante Pascual Cervera, estaba compuesta por cuatro cruceros acorazados: “Infanta María Teresa”, “Vizcaya”, “Cristóbal Colón” y “Almirante Oquendo”, y los destructores de torpederos “Furor” y “Plutón”. El destructor “Terror”, que había formado parte de la escuadra, confrontó problemas graves en sus calderas durante la travesía trasatlántica, por lo que recaló a San Juan de Puerto Rico.

Los buques de Cervera tenían serios problemas de mantenimiento, presentaban problemas de fondos sucios y desperfectos en sus máquinas y en el armamento principal. Su capacidad combativa, aún cuando hubieran estado en óptimo estado técnico, era notablemente inferior a la de los grandes buques de la escuadra norteamericana. Además, su posición táctica era sumamente desventajosa, pues debido a la estrechez de la boca de la bahía, los buques para salir tenían que hacerlo en columna, uno a uno, enfrentándose aisladamente a la totalidad de la escuadra enemiga.

El día 2, muy temprano en la mañana, el gobernador y capitán general de Cuba Ramón Blanco enviaba un mensaje urgentísimo al almirante Cervera, ordenándole reembarcar el personal de los buques—más de mil hombres— que participaba en la defensa terrestre de Santiago, y salir inmediatamente. Cervera, marino experimentado y conoce-

dor además de los entretelones de la política española, había hecho cuanto esfuerzo estuvo a su alcance para evitar el sacrificio inútil de la escuadra y de sus hombres. Pero sus planteamientos, argumentos y proposiciones no fueron oídos.

El domingo 3 de julio, en horas de la mañana, se dispuso todo para salir. Encabezaba la columna, portando la insignia de Cervera, el crucero “Infanta María Teresa”.

Eran aproximadamente las 9:35 cuando el “Teresa” hizo través con la boca de la bahía. El navío español puso proa al crucero acorazado “Brooklyn” y avanzó hacia él resuelta y rápidamente para cubrir así la salida del resto de las unidades de la escuadra. Los buques norteamericanos, tras un primer momento de confusión, abrieron fuego. El “Brooklyn”, que portaba la insignia del comodoro Winfield S. Schley, quien se encontraba en ese momento al frente de las fuerzas, ejecutó de improviso una maniobra insólita - como si quisiera huir del crucero español-, y estuvo a punto de hacer colisión con el acorazado “Texas”, que tuvo a su vez que maniobrar con urgencia. Transcurrido ese incidente, el fuego de todos los grandes buques norteamericanos presentes -cuatro acorazados y un crucero acorazado-, se concentró sobre el buque de Cervera, que sólo podía hacer empleo de sus tres cañones de proa mientras que contra él podían hacerlo 45 cañones de calibres superiores a los 100 milímetros. Transcurridos diez minutos del desigual combate el “Teresa” tenía varios incendios a bordo, sus bajas eran numerosas y su andar había disminuido, por lo que el almirante ordenó poner rumbo oeste, a lo largo de la costa. Minutos después, notando que estaba a punto de caer bajo el fuego de la artillería de tiro rápido, el jefe español determinó lanzarse contra la costa para impedir la captura del buque y salvar lo que quedaba de tripulación. El buque insignia quedó varado en una pequeña playa a unos 12 kilómetros al oeste de la boca de la bahía. Eran las 10:35.

Los dos buques siguientes en la columna, el “Vizcaya” y el “Colón”, no encontraron, en el momento inicial, tanta oposición debido a que el “Teresa” atrajo sobre sí casi todo el fuego enemigo al comienzo del combate. Esta circunstancia permitió a estos dos navíos ir más lejos. El cuarto crucero en salir fue el “Oquendo” que resultó ser el segundo en ser batido. Casi completamente incendiado, con numerosas bajas, su comandante determinó lanzarlo contra la costa, a unos 14 kilómetros al oeste de la boca de la bahía, en el lugar conocido como Caleta de Juan González, donde aún hoy en día sus restos pueden verse desde la playa. Eran las 10:40.

La salida de los destructores “Furor” y “Plutón”, fue recibida por una verdadera lluvia de fuego proveniente de los cuatro acorazados presentes, siendo el yate artillado “Gloucester” el encargado de terminar la faena con su artillería de tiro rápido. El “Plutón” casi sumergido, logró varar en la costa al oeste de la entrada de la bahía de Cabañas y el “Furor” explotó y se fue a pique en aguas profundas cerca de allí. Eran las 10:45.

A continuación la persecución se concentró en el “Vizcaya”. Poco después de las 11:15 el navío hispano, muy dañado y completamente incendiado, se lanzó contra la costa, varando sobre el arrecife frente a Aserraderos, a unos 30 kilómetros al oeste de la boca de la bahía santiaguera. Allí, cien años después, sus restos son aún visibles.

El último de los buques españoles, el “Colón”, carecía de su artillería principal estando por tanto prácticamente indefenso. Su única posibilidad era la velocidad, que superaba ligeramente a la de sus perseguidores. Gracias al sacrificio del “Teresa”, logró alejarse cerca de seis millas de los navíos estadounidenses que le perseguían, pero alrededor de la 1:00 pm., el crucero hispano comenzó a disminuir su andar. Se le había terminado todo el carbón de buena calidad y sólo quedaba del obtenido en Santiago, de menor poder energético. En muy poco tiempo el “Colón” estuvo dentro del alcance de la artillería norteamericana. En esas circunstancias el mando determinó arrojarse contra la costa, abrir las tomas de fondo y arriar la bandera. El crucero varó en arena fangosa cerca de la boca del río Turquino, aproximadamente a 95 kilómetros al oeste de la boca de la bahía de Santiago. Se consumaba así el holocausto de la escuadra española.

Las bajas españolas fueron crecidísimas, 350 muertos y 160 heridos graves, o sea, el 23% de los efectivos, además de 1.720 prisioneros. Las bajas estadounidenses, un muerto, un herido.

El éxito naval norteamericano, basado en la superioridad numérica y tecnológica de sus buques y en la ventajosa posición táctica, dio a las fuerzas navales de ese país plena libertad para realizar un conjunto de acciones que tenían por objetivo forzar a los españoles a una rápida rendición.

Bombardeos a Santiago

El día 4 de julio, el general William R. Shafter, jefe de las tropas terrestres estadounidenses, notificó a los cónsules acreditados en Santiago de Cuba que la ciudad iba a ser bombardeada por las fuerzas norteamericanas de mar y tierra. Este aviso tenía por objetivo que salieran de la ciudad los ciudadanos extranjeros y pobladores que no formarían parte de la guarnición. A solicitud de los cónsules se dio un plazo de 24 horas para abandonar la ciudad. Cuando la noticia se hizo pública el pánico fue general, la población en masa abandonó la ciudad dirigiéndose a El Caney. El día 6, Shafter conminó al general José Toral- quien sustituyó al general Linares como jefe de la plaza cuando este último fue herido en San Juan-, a rendirse, y le dio para ello un plazo hasta el 9 por la noche.

Mientras tanto, Shafter sostuvo una reunión con el capitán de navío French E. Chadwick, comandante del crucero acorazado “New York” y jefe del estado mayor de la escuadra, para planificar los bombardeos artilleros a la ciudad de Santiago. Ambos se pusieron de acuerdo para que una vez que el cañoneo comenzara, se prolongara durante 24 horas, a un ritmo de un disparo cada cinco minutos, excepto a una hora determinada, durante la cual el ritmo sería de un disparo cada dos minutos. El cañoneo se efectuaría con las piezas de 203 y 330 milímetros.

El día 10, se notificó al general Toral que, en vista de que no se había aceptado la rendición, se daría inicio al bombardeo. En horas de la tarde, un crucero acorazado y dos acorazados, abrieron fuego contra la ciudad, causando en la misma numerosas destrucciones. El cañoneo se prolongó más de dos horas.

Al día siguiente, el fuego de los navíos norteamericanos se reanudó a las 9 am. siendo acompañado esta vez por el de la artillería terrestre sobre las posiciones españolas en los suburbios de la ciudad. El bombardeo duró hasta la 1 pm. Los destrozos en la ciudad fueron cuantiosos. Shafter envió una nueva comunicación a Toral, conminándolo a rendirse.

El día 12 de julio, comenzaron las negociaciones para la capitulación entre españoles y norteamericanos. De las mismas no se notificó al mando de las fuerzas cubanas. Al día siguiente, se efectuó la primera entrevista, que duró cerca de una hora.

El 14, en horas de la tarde, se lleva a cabo una nueva entrevista que se prolonga hasta horas de la noche. El general Toral -autorizado por sus superiores-, ofrece la rendición de la plaza. Al siguiente día, Toral preside una asamblea de jefes de las fuerzas españolas de Santiago, en la cual se ratifica la decisión de rendirse a los norteamericanos.

El día 16 de julio, bajo la sombra de una enorme ceiba -conocida desde entonces como “Arbol de la Paz”-, firman el armisticio y la capitulación de la ciudad de Santiago de Cuba las autoridades norteamericanas y españolas. Con manifiesta injusticia, quedó excluido del acto el Ejército Libertador cubano. Ese mismo día, el general Calixto García se entrevista con el general Shafter y éste le informa de los términos de la rendición española.

El domingo 17 de julio, cerca del mediodía, comienzan a entrar en Santiago las tropas estadounidenses victoriosas. Es arriada la bandera española de los fuertes y edificios públicos y en su lugar es izada la bandera de los Estados Unidos. A los combatientes cubanos, que tanto habían luchado por la independencia contra el colonialismo español y que de manera tan eficaz habían cooperado al triunfo, se les impidió la entrada en la ciudad con el pretexto de evitar venganzas o desmanes contra los españoles allí residentes. El general Calixto García, justamente indignado, renunció al cargo de jefe del departamento oriental, se retiró con sus fuerzas a Jiguaní y le escribió a Shafter una memorable carta en la que le expresó su más enérgica protesta por la afrenta de que habían sido objeto los libertadores cubanos:

(...). Circula el rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi ejército la entrada a Santiago de Cuba ha obedecido al temor de venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía...

A cien años de estos hechos, cabe preguntarse: ¿Qué hubiera sentido George Washington, si Lafayette y los aliados franceses hubieran actuado hacia él, como lo hicieron Shafter y sus hombres respecto a Calixto García y sus mambises?